

BIBLIOTECA PREMIOS CERVANTES



Rafael Cadenas

Floreceamos en un abismo

POEMAS

Rafael Cadenas

*Floreecemos en
un abismo*

POEMAS

Prólogo

Arturo Gutiérrez Plaza



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA



Universidad
de Alcalá

EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Primera edición (FCE España – Editorial Universidad de Alcalá), 2023

Cadenas, Rafael

Floreceemos en un abismo. Poemas / Rafael Cadenas ; pról. de Arturo Gutiérrez Plaza. – Madrid : FCE, Universidad de Alcalá, 2023

204 p. ; 23 × 15 cm – (Colec. Biblioteca Premios Cervantes)

ISBN: 978-84-375-0828-3 (FCE)

978-84-18979-41-5 (UAH)

1. Poesía venezolana 2. Literatura venezolana – Siglo XX-XXI I. Gutiérrez Plaza, Arturo, pról. II. Ser. III. t.

LC PQ8549

Dewey Ve861 C115f

Distribución en España y los países de habla hispana de América Latina

© 2023, Rafael Cadenas

© 2023, del prólogo, Arturo Gutiérrez Plaza

© 1954, 1958, 1960, 1966, 1977, 1983, 1992, 2012, 2016, Rafael Cadenas
Los poemas extraídos de *Sobre abierto* y *En torno a Bashi* y otros asuntos se publican por cortesía de la Editorial Pre-Textos.

D. R. © 2023, de esta edición:

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S.L.

Vía de los Poblados, 17 – 4.º – 15; 28033 Madrid

www.fondodeculturaeconomica.es

editor@fondodeculturaeconomica.es

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

UNIVERSIDAD DE ALCALÁ. SERVICIO DE PUBLICACIONES

Plaza San Diego, s/n; 28801 Alcalá de Henares

www.uah.es

Diseño de cubierta:

Teresa Guzmán Romero

Impresión:

Tecnología Gráfica

Encuadernación:

Sucesores de Felipe Méndez

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito de los editores.

ISBN 978-84-375-0828-3 (FCE)

ISBN 978-84-18979-41-5 (UAH)

DL M-8838-2023

Impreso en España • *Printed in Spain*

Sumario

«Los poemas no bastan»: una visita a la poesía
de Rafael Cadenas, *por* Arturo Gutiérrez Plaza

9

Poemas de Trinidad (1954)

27

Una isla (1958)

35

Los cuadernos del destierro (1960)

53

Falsas maniobras (1966)

63

Intemperie (1977)

75

Memorial (1977)

87

Amante (1983)

121

Gestiones (1992)

145

Sobre abierto (2012)

175

En torno a Basho y otros asuntos (2016)

185

«Los poemas no bastan»:
una visita a la poesía de Rafael Cadenas

Soy
apenas
un hombre que trata de respirar
por los poros del lenguaje.
Un estigma,
a veces un intruso,
en todo caso alguien fuera de papel.

Estas palabras de un poema de Rafael Cadenas, publicado en su libro *Gestiones* (1992), nos hablan de alguien para quien la relación con el lenguaje es orgánica, vital, imprescindible, pero a la vez ardua y dificultosa. Y nos hablan también de un estado de conciencia en el que se ha derogado toda atracción por simulacros e imposturas. Eso lo sabemos quienes hemos visitado con avidez su obra y tal vez, más aún, quienes hemos tenido la fortuna de visitarlo y conocerlo, de conversar con él y contar con el privilegio de su amistad.

Alcanzar ese estado, sin embargo, ha sido el resultado de un largo viaje, lleno de incertidumbres y tanteos, que comenzó hace más de seis décadas. Trataremos en estas breves páginas de aventurarnos por esa travesía, entrelazando dos rutas distintas pero complementarias, que nos puedan dar cuenta, aunque

sea parcialmente, de este trayecto poético: la de la vida del poeta cuya obra hoy celebramos, con motivo del otorgamiento del Premio en Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes, que el Ministerio de Cultura del Gobierno de España le concedió en 2022; y la trazada por los poemas que constituyen parte fundamental de su periplo creador, de los cuales una sucinta pero ilustrativa muestra constituye la presente antología, titulada *Floreceamos en un abismo*, con la que se aspira a brindarle al lector indicios suficientes del valor y singularidad de este admirable quehacer poético.

Rafael Cadenas nació en la ciudad de Barquisimeto, en el centro occidente venezolano, el 8 de abril de 1930. Para entonces, Venezuela todavía era un país esencialmente rural, que pocos años antes se había enterado de su riqueza petrolera y apenas comenzaba a mudar sus patrones de vida bajo el influjo de esa nueva realidad económica. En lo político, sin embargo, no se avizoraban cambios, el control de las tareas de gobierno seguía en manos de los militares. El tirano de turno se llamaba Juan Vicente Gómez, quien rigió los destinos del país desde 1908 hasta 1935 —cuando, según el parte oficial, murió en una fecha coincidente con la del fallecimiento de Bolívar, un 17 de diciembre—. Ese mismo país del que se dice —en un verso escrito en los estertores del pasado milenio por un cercano amigo de Rafael Cadenas, el poeta venezolano Eugenio Montejo— que todavía «no termina de enterrar a Gómez».¹ Al respecto, habría que decir que para Cadenas la preocupación por la política ha sido siempre central, desde muy joven. Y aunque ciertamente no ocupa un espacio predominante en su poesía, tampoco ha estado nunca ausente, menos aún en sus inicios, como podremos constatarlo en esta antología en la que

¹ Eugenio Montejo, «Una fotografía de 1948», *Partitura de la cigarra*, Valencia, Pre-Textos, 1999.

se incluyen poemas de su primera etapa jamás publicados. Las consecuencias de esas preocupaciones han marcado su vida. Cuando muchacho, el gobierno dictatorial de turno lo expulsó de Lara, su estado natal, y se vio obligado a culminar la escuela secundaria en la ciudad de Valencia, en el estado de Carabobo. Tiempo después, durante sus estudios universitarios, el participar en una huelga estudiantil contra el régimen de Marcos Pérez Jiménez le costó, junto a varios compañeros de generación, algunos meses de prisión y el exilio en la isla de Trinidad, en tiempos en que esta era aún una colonia británica, como suele recordárnoslo Rafael. Allí permaneció entre 1952 y 1956, para luego volver a su país. Precisamente, en un poema con ese nombre («País») escrito durante el exilio en Trinidad dice: «Te has quedado dormido / entre espadas / sin la prometida luz. / Ninguna mañana viene a despertarte. / Los militares son eternos». Sobre esta traumática relación con la patria, tras esa dolorosa experiencia, se insiste en otros dos poemas escritos en el mismo periodo en esa isla caribeña: «Me levanté y el país estaba helado. / No había cabida en él para nosotros» («Al regresar») y «De cada hora sale un grito. / La historia nos persigue con sus botas. / (...) / ¿Aprenderemos por fin?» («Dictadura»). Estos poemas que, como ya se mencionó, se publican por primera vez en esta antología, impresionan por su crudeza y actualidad, así como por la cercanía que tienen con la dicción y la búsqueda de la palabra sin mediaciones, que Cadenas habría de predicar mucho tiempo después en su obra, y que expresara de modo elocuente en su famosa «Ars poética», incluida en su libro *Intemperie* (1977). Leamos un fragmento:

Que cada palabra lleve lo que dice.
 Que sea como el temblor que la sostiene.
 Que se mantenga como un latido.

No he de proferir adornada falsedad ni poner tinta dudosa ni añadir brillos a lo que es.

Esto me obliga a oírme. Pero estamos aquí para decir verdad.

Seamos reales.

Quiero exactitudes aterradoras.

Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar en peso mis palabras. Me poseen tanto como yo a ellas.

Es necesario decir que la presencia de estos poemas inéditos, los agrupados en la sección *Poemas de Trinidad* dentro de la selección recogida en este libro, responde a una circunstancia muy especial. Esta es la primera antología en la que Cadenas participa de modo activo en el escogimiento de poemas a incluir y lo ha hecho, además, junto con su hija Paula, por lo cual se trata de una antología no solo personal, sino también familiar. En ella podemos apreciar la valoración que el mismo poeta ha efectuado de su obra, como saldo de cuentas de una vida dedicada a la escritura de poesía.

Varios hechos, inevitablemente, llamarán la atención del lector conocedor de la obra de Cadenas, asuntos sobre los cuales debemos poner también en autos a los que no lo son. Es significativa la nutrida selección de poemas del libro *Una isla*, el cual, por lo demás, jamás se ha publicado en solitario —es esta una tarea pendiente—. Aunque escrito a finales de los años 50, este poemario nunca se había incluido en su bibliografía adecuadamente, hasta la antología preparada por Luis Miguel Isava, publicada por Monte Ávila en 1999. Su circulación se dio originalmente en unas pocas copias de multígrafo, repartidas entre amigos, y en algunos fragmentos aparecidos en publicaciones en las que se insistía de que se trataba de un libro inédito. Quizás esta decisión, la de darle mayor relevancia a ese volumen en esta antología, se deba a la percepción que Cadenas tiene, a estas alturas de su vida, de que ya en ese conjunto de poemas se en-

contraba buena parte de las claves fundamentales de su obra poética, la que a partir de 1960 se publicará en sucesivos libros. Otros dos asuntos que merecen atención son: los pocos poemas seleccionados de *Los cuadernos del destierro* (1960), libro que sin duda colocó en el primer plano de la poesía venezolana a Rafael Cadenas en el momento de su aparición, así como la no inclusión del poema que le ha dado mayor celebridad nacional e internacionalmente, «Derrota». Tales decisiones parecieran confirmar que el Cadenas del presente siente lejanías insalvables con el poeta que, en su momento, acometió dichos textos.

Pero antes de volver a estos casos, detengámonos algo más en las implicaciones de *Una isla*. En este libro, escrito a la vuelta de su exilio en Trinidad, ya se anuncian temas que van a cruzar toda su obra, como: el del amor y la mujer, fuente irrenunciable del deseo, motivo ya presente en *Poemas de Trinidad*; la asunción de la vida como experiencia poética, más allá de la concreción del poema; el exilio, no tanto como lejanía geográfica, sino como condición existencial, pues como dice: «Para que nuestros ojos sean claros hay exilios», un exilio en que, por lo demás, se deploran «las patrias» y los nacionalismos; la sensualidad y exuberancia del entorno natural; la memoria como anclaje afectivo y el olvido como imposición de la vivacidad que «se encamina hacia el instante»; «el advenimiento de la levedad» y el despojamiento «del que trata de emerger / un hombre / sin cargas. / A prueba de espejismos». Habría que advertir, además, que *Una isla* es un libro ganado por la diafanidad expresiva, desentendido de los artilugios verbales que caracterizan a *Los cuadernos del destierro*, aunque ambos fueron escritos en la misma época. Esta curiosa contraposición de modalidades poéticas, considerando la totalidad de la obra de Cadenas, nos permitiría decir que *Los cuadernos del destierro* es más bien «una isla» surgida en tiempos de escritura de *Una isla*. «Una isla» caracterizada por un lenguaje indómito y aluci-

nante, de una fuerza hipnótica avasalladora. Algo muy distante del lenguaje sin aditamentos al que de vuelta ha de aspirar Cadenas, sobre todo, a partir de *Intemperie* y *Memorial* (1977). Hecha tal acotación, es necesario afirmar, sin visos de exageración, que *Los cuadernos del destierro* desde su aparición se convirtió en un libro legendario de la poesía venezolana, al punto de poder sentenciar que la frase inicial de su primer canto («Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor») está tan asentada en la memoria histórica de la poesía moderna venezolana, como solo ocurriera con el alejandrino inicial del primer canto de «Mi padre el inmigrante» (1945): «Venimos de la noche y hacia la noche vamos», de Vicente Gerbasi (1913-1992).

El libro está escrito en una prosa poética, suntuosa y envolvente, de profusas adjetivaciones. En sus cantos la preponderancia de la primera persona es abrumadora: un «yo» que se desdobra y enmascara en múltiples presencias, incapacitado para vincularse con la realidad, siempre perseguido por la incertidumbre, cuya vida interior es expresión de un intenso delirio en el que fertiliza la autoimpugnación:

(...) Sólo yo conocía mi mal. Era —caso no infrecuente en los anales de los falsos desarrollos— la duda.

Yo nunca supe si fui escogido para trasladar revelaciones.

Nunca estuve seguro de mi cuerpo.

Nunca pude precisar si tenía una historia.

Yo ignoraba todo lo concerniente a mí y a mis ancestros.

Nunca creí que mis ojos, orejas, boca, nariz, piel, movimientos, gustos, dilecciones, aversiones me pertenecían enteramente.

Yo apenas sospechaba que había tierra, luz, agua, aire, que vivía y que estaba obligado a llevar mi cuerpo de un lado a otro, alimentándolo, limpiándolo, cuidándolo para que luciera pre-

sentable en el animado concierto de la honorabilidad ciudadana.
Mi mal era irrescatable.

Resulta curioso observar el contraste entre el impulso verbal de estos poemas y el habla morosa y la parquedad, a veces intimidante, que ha caracterizado la personalidad de Cadenas. En tal sentido, la poesía del habla, más directa y más diáfana, pero no menos lujosa en cuanto a su vocación de reencuentro con la etimología de cada palabra, ese sentido de gravedad que se siente en cada vocablo de sus poemas, sin duda, pareciera más cercana a la voz y dicción del poeta que hemos conocido y con quien hemos tenido la fortuna de entablar amistad. Sin embargo, incluso en aquel momento, al escribir *Los cuadernos del desierto* con un lenguaje tan distinto al de sus otros libros y signado por una severa crisis psicológica, según su propio testimonio, podemos constatar su fidelidad al deseo de no falsificarse, como lo evidencian sus palabras en una entrevista aparecida el año de publicación de ese libro, 1960, en la que afirmaba: «yo buscaba ante todo expresarme con una sinceridad que posteriormente se ha desbocado aún más (...) Creo que de este libro tendré que partir necesariamente para ulteriores tentativas».²

Y sin duda, de las trazas dejadas por ese libro, vendrá a aparecer *Falsas maniobras* seis años después. Un libro en el que ya se han dejado atrás los ecos y remembranzas de Rimbaud («De noche deliraba en las rodillas de la belleza»), José Antonio Ramos Sucre («En esta delirante expedición al suntuoso reino de las raíces inefables penetré a un barco inglés») y Saint John Perse («Las orillas se han apagado. Ningún viento rueda. Todo es estable. Grandes movimientos de flujo y reflujo me trajeron, sobre cumbres de cordilleras submarinas»), pero en el que

² «5 opiniones de Rafael Cadenas. Poesía, partido y realidad», *Tabla Redonda*, 5-6 (Caracas, abril-mayo 1960).

siguen vigentes, sin embargo, las máscaras y los desdoblamientos. Ese «tú mi enemigo, dentro de mí» continúa al acecho, aunque ahora lo hace desde otros ámbitos. Una vez dejada atrás su división «en innumerables personas», nos dice: «Para complacer a los otros y a mí, he conservado una imagen doble». Ese sujeto desdoblado adversa ahora las imposiciones alienantes. Contra esas fuerzas que actúan sobre el individuo reacio a ser modelado por una horma, toman lugar la ironía y el absurdo, en escenas que recuerdan el mundo de Michaux. En *Falsas maniobras* nos encontramos con un hablante poético que sabe que los ejercicios en su «pequeño gimnasio» están destinados a hacer de él «un hombre racional, que viva con precisión y burle los laberintos» y lo transformen «en Hombre Número Tal», para «dejar de ser absurdo». Todo esto dicho, por otra parte, desde un lenguaje en el que la poesía «ya no se cuelga de los brazos», en la que se ha decidido incendiar «los testimonios falaces» y adoptar «la forma directa». Desde allí, desde esa apuesta verbal se celebra y agradece al «Fracaso» su mayor virtud: su capacidad de desmantelar las imposturas. Así nos dice:

Fracaso, lenguaje del fondo, pista de otro espacio más exigente,
dificil de entreleer es tu letra.

(...)

Me has hecho humilde, silencioso y rebelde.

Yo no te canto por lo que eres, sino por lo que no me has dejado ser. Por no darme otra vida. Por haberme ceñido.

Me has brindado sólo desnudez.

Cierto que me enseñaste con dureza ¡y tú mismo traías el cauterio!, pero también me diste la alegría de no temerte.

Gracias por quitarme espesor a cambio de una letra gruesa.

Gracias a ti que me has privado de hinchazones.

Gracias por la riqueza a que me has obligado.
Gracias por construir con barro mi morada.
Gracias por apartarme.
Gracias.

«Derrota», el célebre poema que, como ya hemos comentado, no se ha incluido en esta antología —y que nunca formó parte de ninguno de sus libros³— muchas veces se ha leído afiliado a «Fracaso». Ahora bien, si Cadenas todavía se siente cercano a este, no ocurre lo mismo con aquel. Creo que entre las razones que pudieron motivar esa desaprensión estarían: la alusión a una circunstancia histórica que Cadenas juzga desde hace mucho como un grave error —los movimientos guerrilleros de los 60 en Venezuela que buscaban derrocar la democracia recién inaugurada— y que en un verso, de algún modo, se avala: «que no soy del FALN y me desespero por todas esas cosas y por otras cuya enumeración sería interminable»; y el verso final, donde en lugar de rescatarse el descubrimiento de esa cualidad redentora que conlleva la experiencia de la caída, que enseña a hacerse «humilde, silencioso y rebelde», se reivindica, mediante el autoescarnio y la ironía, el yo y la soberbia: «me levantaré del suelo más ridículo todavía para seguir burlándome de los otros y de mí hasta el día del juicio final». Por ello, más que poemas afiliados, podríamos decir que son contracaras de un texto bifronte en el que se escinde la obra de Cadenas, en un antes y un después. Su poesía, en adelante, seguirá el rumbo anunciado en «Fracaso». «Derrota» será un poema que mira hacia el pasado, con el que se cierra la primera etapa de su tentativa poética y se marca distancia respecto de sus juveniles concepciones políticas, cuando era un militante convencido del Partido Comunista de Venezuela.

³ Se publicó originalmente en *Clarín del Viernes*, Caracas, 31 de mayo de 1963.

Once años después Cadenas sorprenderá con dos nuevos libros, *Intemperie* y *Memorial*, muy alejados en tono a *Los cuadernos del destierro* y *Falsas maniobras*.

En *Intemperie*, a modo de despedida de sus pasadas faenas, dice: «Ya el delirio no me solicita». Así como también asevera lo que hemos señalado antes: «Seamos reales. / Quiero exactitudes aterradoras». El desdoblamiento del sujeto poético seguirá presente, pero ahora con una aspiración distinta, hacerse en la nada:

Hazte a tu nada
plena.
Déjala florecer.
Acostúmbrate
al ayuno que eres.
Que tu cuerpo se la aprenda.

Acá aparece el juez como el otro que lo habita: «El juez / —ese que separándose de nosotros / dicta sus fallos— / vive de nuestra sangre, / a expensas de nuestras entrañas». Sin embargo, ese que se desdobra entre juez y juzgado es a su vez el que duda y se pregunta: «¿Cómo pudo / volverse tribunal / de su vida / (...) / el / que menos juzga, / el / que existe desde su cuerpo, / el / menos concluyente / de los nacidos?».

La sollicitación que se hiciera en el poema inicial de *Una isla*, para que la vida sea real, *aunque el poema no nazca*, aunque sea un «diamante incumplido», se reitera acá mediante una pregunta: «y vivir ¿dónde es? ¿Quién sabe ceder el paso al deslumbramiento como el que se siente incumplido? / Ser a lo vivo, amor real».

En *Memorial* se prolongan estas búsquedas y se acentúan otras que vienen desde los orígenes de esta obra, cada vez desde un lenguaje más despojado. Reaparece la «isla», ese lugar ya

mítico en esta poesía donde se ha aprendido a vivir en exilio, como condición inherente al estar en el mundo, y se ha comenzado a ver la realidad de otro modo. Ahora al observar se dice: «Tengo ojos, / no puntos de vista» y se pregunta: «¿Qué hago / yo detrás de los ojos?». En esa isla se ubican los recuerdos del hablante, quien confiesa seguir «en las mismas playas de donde vino», ese lugar donde todavía persiste «un rostro de mujer» y se encuentra ese «amante», «afantasmado» y «virtual», que alcanzará plena concreción en su siguiente libro. Acá se insiste en el repudio a lo inauténtico, en el rechazo a cualquier modo de tránsito por la existencia «como si amáramos», «como si sintiésemos», «como si viviéramos». La prédica es alcanzar un estado de vaciamiento que nos permita «aprender a ser nadie», pues de otro modo, de no llegar a serlo, se sabe que se habrá perdido la vida. Por ello, se implora por la «humildad» de extraviarse, por ser «comida del instante», ese «néctar de estar presente» o como nos lo recuerda el título de esta antología: por florecer «en un abismo». Aquí a la muerte se le opone el instante.

Son muchos los poetas que Cadenas suele mencionar, contestando a la recurrente pregunta por sus lecturas e influencias, entre ellos: Whitman, Michaux, Cavafis, Pessoa, William Carlos Williams, etc. No obstante, resulta legítima la sospecha de que otro tipo de lecturas también ha sido decisiva en su escritura. Y en efecto, así es. En esta etapa de su obra se acentúa, marcadamente, la huella de su interés por el pensamiento oriental y en particular el hinduismo, el taoísmo y el budismo zen. Los planteamientos de figuras como Nāgārjuna y Adi Shankara, fundador de la tradición vedānta advaita o, ya en el siglo xx, de pensadores como Jiddu Krishnamurti, o propiamente en el mundo occidental, de Carl Jung, Alan Watts y Salvador Pániker, han incidido a fondo en su concepción de la vida desde hace muchos años y, por tanto, también, en los postulados de

su poesía. Sin embargo, a pesar de eso (o por eso mismo) la pugna interior y los desdoblamientos no han cesado. El poder, la historia, el odio, el yo siguen siendo presencias amenazantes. Pero hay cambios. Para este momento de su obra ya ha desaparecido una palabra frecuente en su poesía anterior (la de *Los cuadernos del destierro* y *Falsas maniobras*): «máscara». La desnudez ahora es más plena y entiende que la «intensidad» es la única «Muerte y contestación / a la muerte». Ya no se escriben poemas sino «respiraderos».

Memorial es un libro dedicado a Milena, su esposa y compañera de tanto tiempo. Su reciente e inesperado fallecimiento, hace algo más de un lustro, ha marcado hondamente la vida de Cadenas en los últimos años. Con ella emprendió un largo trecho de su vida e innumerables viajes para participar en encuentros y actividades poéticas en diversos países, de allí también el sobrepeso de su ausencia en ocasión de los varios premios internacionales que Cadenas ha recibido recientemente,⁴ de los que la siente, con justicia, copartícipe. No podemos dejar de pensar que en la rememoración de esa amada está ella, en diversas ocasiones de su obra y en particular en este libro cuando se la evoca haciendo uso de la palabra «misterio», un vocablo esencial en el resto de la poesía de Cadenas, que aparece por primera vez en el siguiente poema:

Siempre traes a esta sequedad la fragancia
del misterio.
Siempre eres igual
a lo que me sostiene.

⁴ Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances (2009), Premio Internacional de Poesía Federico García Lorca (2015), Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana (2018) y Premio Cervantes (2022).

En el libro *Amante*, publicado 1983, aparecerá también, como novedad, otra palabra fundamental en su obra poética y pensamiento: «asombro». La vinculación de estas dos palabras la podemos encontrar en muchos de sus escritos, pero bien basta para ilustrarla leer lo dicho por Cadenas en una entrevista de hace algunos años, en la que afirmaba: «me obseden corrientes de pensamiento que tienen que ver con una constante muy fuerte en mí: el asombro ante el misterio de la existencia, algo absolutamente infranqueable para la mente y de lo cual ella forma parte. Eso nos sobrepasa, pero podemos vivirlo. Por eso mi habitación es el no saber».⁵ Afirmación, esta última, que tiene eco en un verso de su más reciente libro de poesía, *En torno a Basho y otros asuntos*, publicado en 2016, un año después de esa entrevista: «Se habita / con el desnudo de no saber» y cuyas resonancias vienen incluso de más atrás, como podemos constatarlo en testimonios como estos: «Me cautiva el lenguaje de los místicos, especialmente, desde luego, el de los españoles. Tienen el don de acuñar expresiones indelebles para comunicarnos un saber, que es más bien, en última instancia, un no saber».⁶

La búsqueda emprendida por Cadenas en el resto de su obra transita por esa ruta, la de la perenne constatación de una ignorancia fundamental como punto de partida de todo intento de expresión. En *Amante*, la manifestación de ese no saber se evidencia en el último poema del libro:

No sé quién es
 el que ama
 o el que escribe
 o el que observa.

⁵ Antonio López Ortega, «Rafael Cadenas: “la realidad es el misterio absoluto”», *Cuadernos hispanoamericanos*, 780 (junio 2015), p. 6

⁶ Rafael Cadenas, *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística*, en *Obra entera. Poesía y Prosa (1958-1995)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 676.

El cual, por otra parte, completa y responde al que le da inicio:

Ella, el amante, el anotador
(ningún calígrafo,
un artesano)
se dan
al juego
perenne.

Si bien la mujer ha estado siempre presente en la poesía de Cadenas, como uno de los motivos que insistentemente la recorre, ahora el «amante» se convierte en ese personaje que habita dentro del «anotador», para posibilitar el encuentro con «ella», para alcanzar un descubrimiento pleno de ese «tú» esencial que encarna lo femenino en su poesía. Así se pasa en esta obra de un yo múltiplemente fragmentado a uno que encuentra en el amante el vínculo con la otra, a la cual se entrega y sirve íntegramente, sin retóricas, con «firme corporeidad», «ar-dimiento» e «inmediatez».

En el libro *Gestiones*, publicado en 1992, ya desde el título se nos interpela sobre el lenguaje, pues esa escueta palabra que le da nombre al libro, comúnmente atribuida a acciones del ámbito administrativo, acá adquiere otras connotaciones. No se trata de poemas de oficina, ni de instancias burocráticas. Las gestiones emprendidas aquí lidian con asuntos como: la lengua, la realidad, la amada, la poesía, la vida y los poetas, entre otros.

El libro se inicia, como en casi todos los poemarios de Cadenas, con un poema en el que directa o indirectamente se recapitula sobre el camino andado y las posiciones tomadas o abandonadas a lo largo de esta obra por el hablante poético. En este caso dice así:

Retomo tarde el hilo.

Fueron muchos los años de desconexión de ella, la antigua, la nunca adornada. ¿Por dónde deambulaba yo, suspendido? Pues nunca dejé de ser nervadura del asombro, de vivir en orillas, de extraviarme bebiendo un zumo oscuro, pero invadiendo los contrafuertes del día.

(...)

Los años han corrido y no dejé de registrar caídas. Entonces piel era sólo clausura. La magia no había sido destituida. Ahora vuelves, amiga, y yo te recibo con presentes arrancados al verdugo que cela tu territorio.

Tras la lectura de este poema, la pregunta resulta ineludible: ¿quién es ella? ¿De qué amiga habla? Este modo de elocución donde se privilegia la ambigüedad y la imprecisión en cuanto al sujeto referido en el texto (tú, él, ella) se hace característico de la poesía de Cadenas a partir de *Amante*. Tal vez haya en ello un reflejo de esa imprecisión requerida para nombrar lo inefable, lo cual es propio de la poesía mística. En todo caso, es obvio que estamos ya muy lejos de aquellos poemas de los inicios de la obra de Cadenas, en la que el «Yo» no cedía protagonismo.

A partir de *Gestiones*, entramos en un espacio de mayor recogimiento, de fundación de morada y resistencia. Se procura un lugar de encuentro. Y aunque la pugna interior no cesa del todo, pues siempre habrá personajes que acechan al sujeto poético, estos ya no toman lugar en el poema con el ardor y la pugnacidad del pasado. Así encontramos, por una parte, uno donde se dice: «Tanteas / como ebrio / en la ruta del extravío / (así se llama / nuestro segundo nacimiento)» y, por otra, uno llamado «Iniciación», en el que se afirma: «El que cruza el

vestíbulo asignado / se encuentra consigo / por primera vez;
/ nunca / había visto / su rostro / —la nueva espiga».

En esta zona de su obra, que abarca los libros *Gestiones*, *Sobre abierto* (2012) y *En torno a Basho y otros asuntos* (2016), el poeta concibe su oficio como el de un artesano. Este es el tramo de esta travesía en que se hace mayor referencia y se rinde homenaje a poetas que siente cercanos, como: Auden, Donne, Shakespeare, Mandelstam, Dante, Pasternak, Ajmátova y Hölderlin; pero sobre todo, Rilke y Basho. Ellos «Andan errantes por sus habitaciones, pero / sostienen la torre del idioma». Con todos ellos ha entablado amistad, asunto que también adquirirá centralidad en su poesía. Ahora, la única pretensión es apreciar y vivir lo que es (la familia, el matrimonio, la vida de suburbio, el amanecer recibido desde un apartamento de ciudad, los ruidos de una granja cercana, los pájaros que cruzan frente a su balcón) como es, sin idealizaciones y sin retórica, pues, aunque encuentra en el lenguaje «sus únicas joyas», no quiere «estilo / sino honradez». Como dice en un poema titulado «Conjunto residencial» ya no estamos en «los tiempos del entusiasmo», ahora se habla de otro modo; ahora, «Eres lo que eres, una voz solitaria / que resuena en los alrededores de las ciudades». El observar, el registrar, el contemplar serán los oficios primordiales tanto del anotador como del ser humano que celebra la vida en lo que es, y que, junto a la plenitud del instante, rescata también la gracia vivificadora de la memoria, ese «recuerdo que se parece a este aire» y que permite decir: «Contigo no soy nada. / Sin ti no soy nada».

La más reciente escritura de Cadenas es una en la que se procuran las paces con la vida, con el lenguaje, con la poesía, con el poeta y con el poema. Todo sin grandilocuencias, como ese silencio que se hace de pronto entre amigos, para que después de admitir que «Sentir es magnífico; escribir, exultante; habitar, lo sumo», surja la pregunta, pero «¿dónde está el

lugar aplacado, el sitio de reunión, el punto del encuentro solvente?».

En las horas que me ha llevado escribir estas palabras, he repasado las muchas conversaciones telefónicas, en su casa, en mi casa, en encuentros, en sitios públicos, en mi carro, que he tenido con Rafael. Detrás de esos recuerdos siempre han estado sus versos, así como sus silencios, no menos dicentes que sus palabras. En todos estos años, cuando conversamos, siempre al referirse a lo que le ha dicho alguna persona, antes que llamarla por su nombre, me habla de una amiga o un amigo, sin importar que yo sepa de quién se trata. Jamás le he escuchado hablar mal de nadie, pues le es ajeno el odio y no siembra enemistades. Para él, «el vivir es lo mayor». Por eso, en esta instancia de su existencia, para completar lo dicho y cerrar un ciclo, afirma: «Festejan tus versos / cuando tú sólo querías ser oído / como un viviente». También, al dialogar con Rilke, le pregunta como a un viejo amigo —para interrogarse a sí mismo—: «¿Sabías / en tus adentros / que los poemas no bastan?».

Y al final, alguien le contesta: *Sí, Rafael, lo sabemos, pero sin ellos se hace siempre más difícil la travesía, la única patria que tenemos, la vida.*

ARTURO GUTIÉRREZ PLAZA

Norman, Oklahoma

21 de febrero de 2023

POEMAS DE TRINIDAD*
(1954)

* Estos seis poemas englobados bajo el título *Poemas de Trinidad*, que datan del año 1954, son inéditos [N. de la E.]

Dictadura

De cada hora sale un grito.
La historia nos persigue con sus botas.
No hay día que no esté salpicado de sangre,
pero hay fervores que siguen en pie
¿Aprenderemos por fin?

UNA ISLA
(1958)

Infeliz bajo la tiranía,
infeliz bajo la república,
en una suspirábamos por la libertad,
en otra por el fin de la corrupción.

CZESLAW MIŁOSZ,
citado por Octavio Paz

Hablo de una alta condición, antaño,
entre los trajes, en el reino de girantes claridades.

ST. JOHN PERSE

Si el poema no nace, pero es real tu vida,
eres su encarnación.
Habras
en su sombra inconquistable.
Te acompaña
diamante incumplido

Muelle de enormes llamas.

Navíos que viajan al sol,
música de tambores,
sales desencajadas,
niños desnudos,
marineros que descargan plátanos.
Ciudad de corazón de árbol, humedades
temblorosas, juncos que danzan.
La luz golpea mendigos,
divide el mundo en dos memorias.
Mi frente se hunde en la cesta del mediodía.
Soy latido, sonrisa, adoración.

LOS CUADERNOS DEL DESTIERRO
(1960)

Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor. Pero mi raza era de distinto linaje. Escrito está y lo saben —o lo suponen— quienes se ocupan en leer signos no expresamente manifestados, que su austeridad tenía carácter proverbial. Era dable advertirla, hurgando un poco la historia de los derrumbes humanos, en los portones de sus casas, en sus trajes, en sus vocablos. De ella me viene el gusto por las alcobas sombrías, las puertas a medio cerrar, los muebles primorosamente labrados, los sótanos guarnecidos, las cuevas fatigantes, los naipes donde el rostro de un rey como en exilio se fastidia.

Mis antepasados no habían danzado jamás a la luz de la luna, eran incapaces de leer las señales de las aves en el cielo como oscuros mandamientos de exterminio, desconocían el valor de los eximios fastos terrenales, eran inermes ante las maldiciones e ineptos para comprender las magnas ceremonias que las crónicas de mi pueblo registran con minucia, en rudo pero vigoroso estilo.

¡Ah!, yo descendía de bárbaros que habían robado de naciones adyacentes cierto pulimento de modos, pero mi suerte estaba decidida por sacerdotes semisalvajes que pronosticaban, ataviados de túnicas bermejas, desde unas rocas asombradas por gigantes palmeras.

Pero ellos —mis antepasados— si estaban aherrojados por rigideces inmemoriales en punto a espíritu, eran elásticos, raudos y seguros de cuerpo.

Yo no heredé sus virtudes.

Soy desmañado, camino lentamente y balanceándome por los hombros y adelantando, no torpe, mas sí con moroso movimiento un pie, después otro; la silenciosa locura me guarda de la molicie manteniéndome alerta como el soldado fiel a quien encomiendan la custodia de su destacamento, y como un matiz, sobrevivo en la indecisión.

Sin embargo, creía estar signado para altas empresas que con el tiempo me derribarían.

FALSAS MANIOBRAS
(1966)

Mi pequeño gimnasio

Consta de una almohadilla que golpeo con acompañamiento musical.

Un saco de arena donde descargo todo el peso de la calle.

Una esterilla para hacer contorsiones que producen olvido.

Un hueco en triángulo donde me oculto para no ver.

Una cuerda donde me castigo por toda la prudencia del día.

Un artefacto en forma de O en el que me doblo para evitar los reclamos de mi conciencia.

Una barra horizontal sobre la cual me río de mis intenciones.

Una tabla donde doy golpes innecesarios que podrían estar mejor dirigidos.

Un pequeño extensor de idiota que me estira por todos los frutos que no tomé, los actos que no hice, las palabras que no me atreví a decir.

Una soga donde extorsiono mi brazo derecho por todas mis indecisiones, olvidos, cambios.

El resto lo compone el ajuar ordinario de todo deportista. Los ejercicios son efectuados en la oscuridad. Por vergüenza no admito espectadores. (El descontento sordo, por otra parte, ahogaría al que osara entrar.)

Soy de todas maneras un aprendiz. No he podido alcanzar mis rodillas con la frente, todavía me es imposible arquearme

hacia atrás hasta tocar el suelo, tampoco logro pararme sobre las manos.

Algunas veces el exceso de pesadez me vuelve ridículo. (Me recuerdo en lamentables posiciones y siento dolor.) A pesar de mis esfuerzos sigo siendo carnal, rudo, indisciplinado.

En el fondo los ejercicios están enderezados a hacer de mí un hombre racional, que viva con precisión y burle los laberintos. En clave, persiguen mi transformación en Hombre Número Tal. Llanamente y en mi intimidad, espero con ellos dejar de ser absurdo.

INTEMPERIE

(1977)

29

Vida
arrásame,
barre todo,
que sólo quede
la cáscara vacía, para no llenarla más,
limpia, limpia sin escrúpulo
y cuanto sostuviste deja caer
sin guardar nada.

MEMORIAL
(1977)

A Milena

El enemigo

De pronto aparece en la puerta, como tallado, el acreedor. Viene en busca de su salario. Tiende su mano izquierda desde la entrada, inmóvil. Los dos nos miramos sin comprender.

Se insinúa con sigilo o irrumpe sin avisar. Reconozco que estoy condenado a hacerle el juego. Si ambos fuésemos reales no nos desgastaríamos en esta persecución, pero nuestra servidumbre es la misma: somos personajes. Nos acompaña el miedo.

Mi costumbre es tomar su bando. Le permito que hable por mí.

Me convierte en plato de su odio.

Soy su aliado.

Sí, me usa, me usa para sus fines, que también se vuelven contra él. La fuente que lo envenena rebosa con jirones míos, suyos. Nos confundimos, nos entretejemos, nos intrincamos, sin querer. Hasta nos perdemos de vista, y ya no sabemos quién es el que persigue.

Tengo que contrarrestar, con otra voz, sus cargos, pero casi siempre estoy de su parte.

¿Cuándo tuvo lugar este desplazamiento? Son pocos los días en que el enemigo no ha contado con mi apoyo. Nunca, en realidad, he sido contrapeso para sus demandas. Me consta, me consta en mi carne. Siempre firmé sus acusaciones, sus ataques sorpresivos, sus listas de agravios.

Siempre contó con el respaldo que yo necesitaba para mi tarea. Sí, siempre a mi acusador lo encontré más eficaz, y a su casuística atroz sólo podía oponerle unos ojos inmóviles.

GESTIONES
(1992)

Retomo tarde el hilo.

Fueron muchos los años de desconexión de ella, la antigua, la nunca adornada. ¿Por dónde deambulaba yo, suspendido? Pues nunca dejé de ser nevadura del asombro, de vivir en orillas, de extraviarme bebiendo un zumo oscuro, pero invadiendo los contrafuertes del día.

Transparencia que levanté de lo más acosado como pieza cobrada en la tormenta.

Pero la palabra se escondía.

Por tender hacia donde no pesa y fundar allí morada.

Los años han corrido y no dejé de registrar caídas. Entonces piel era sólo clausura. La magia no había sido destituida.

Ahora vuelves, amiga, y yo te recibo con presentes arrancados al verdugo que cela tu territorio.

Ella reluce
en la densa vegetación.

La veo tomar en sus manos
una blanda madera
todavía húmeda
y ponerse a labrar lentamente un rostro
y dejarlo para que los años lo terminen
y sea suave como el que agradece
y firme a su modo
y atento.

Índice general

Sumario 7

«Los poemas no bastan»: una visita a la poesía de
Rafael Cadenas, *por* Arturo Gutiérrez Plaza 9

Poemas de Trinidad (1954)

País	29	
Al regresar	30	
Dictadura	31	
Una mujer	32	
<i>Me pesa no haberle dejado una palabra...</i>		33
<i>Ella espera en nuestro país...</i>		34

Una isla (1958)

<i>Si el poema no nace, ...</i>	39
<i>Escribiste: «Estos muros...</i>	40
<i>Muelle de enormes llamas...</i>	41

<i>Tú que caminas esta noche...</i>	42
<i>Te extiendes, ...</i>	43
<i>Una urbe áspera sella mi boca...</i>	44
IV	45
V	45
VI	45
VII	46
VIII	46
IX	46
X	46
<i>Me levanté con las luces del día, ...</i>	48
Ausencia	49
Años...	51
<i>El exiliado deplora las patrias...</i>	52

Los cuadernos del destierro (1960)

<i>Yo pertenecía a un pueblo de...</i>	55
<i>Conocí el baobab y el árbol sagrado, ...</i>	57
<i>Pero el tiempo me había empobrecido...</i>	58
<i>He huido...</i>	60
<i>Pero el filo de la obsesión es un rostro...</i>	61

Falsas maniobras (1966)

<i>Hace algún tiempo...</i>	65
Pasatiempo	66
<i>Mi pequeño gimnasio</i>	67
Nombres	69
<i>Reconocimiento</i>	70
Fracaso	71
Rutina	73

Intemperie (1977)

1	77
2	77
3	78
4	78
5	78
6	79
10	80
20	81
23	82
<i>REALIDAD</i>	
26	83
29	84
<i>ARS POETICA</i>	
32	85

Memorial (1977)

Isla	91
Encuentro	92
Deseo	93
Inmediaciones	94
Angst	95
As if	96
<i>Siempre traes a esta sequedad la fragancia...</i>	97
<i>Para ti el aprendizaje, ...</i>	98
<i>Sólo he conocido, ...</i>	99
<i>La palabra no es el sitio...</i>	100
El enemigo	101
La visita	103
<i>Maligno visitante, no me acuses...</i>	104

Historia	105
Fanáticos	106
Atención, ...	107
Sé...	108
<i>Deja que los ojos...</i>	109
<i>Tengo ojos, ...</i>	110
<i>¿Qué hago...</i>	111
Un amigo	112
<i>El rostro...</i>	113
<i>De noche...</i>	114
<i>Esperas desde siglos, ...</i>	115
<i>Concédeme...</i>	116
<i>Quisiera...</i>	117
<i>Intensidad...</i>	118
<i>Floreceemos...</i>	119
<i>Estas líneas...</i>	120

Amante (1983)

[1]

<i>Ella, el amante, el anotador...</i>	125
<i>Llegas...</i>	126
<i>Él abre los ojos, ...</i>	127
<i>En tu reino...</i>	128
<i>Dueños...</i>	129
<i>Traes el espacio...</i>	130
<i>Perdona...</i>	131
<i>El amante custodia tu ara...</i>	132
<i>Misión...</i>	133
<i>Recorre...</i>	134
<i>Es a él...</i>	135
<i>Su rostro...</i>	136

<i>Destruye...</i>	137
<i>Enséñame, ...</i>	138
<i>La agasajas, ...</i>	139

III

I...	140
<i>Al que apenas...</i>	141
<i>No sé quién es...</i>	143

Gestiones (1992)

<i>Retomo tarde el hilo...</i>	147
<i>Ella reluce...</i>	148
Iniciación	149
<i>Tanteas...</i>	150
Almuerzo	151
Matrimonio	152
Suburbio	153
Conjunto residencial	154
Puerto	155
<i>Lo que miras a tu alrededor...</i>	156
<i>Pájaros...</i>	157
<i>Me cerca ahora...</i>	158
<i>El amanecer...</i>	159
El otro veredicto	160
<i>Sólo cuento con tus joyas...</i>	161
Tal vez algo queda en pie	162
<i>Ellos dicen...</i>	163
<i>Ocurre que después del laborioso forcejear...</i>	164
Mandelstam	165
Entre amigos	167
En el ara de la guerra	168
<i>El gran olvido...</i>	169

<i>Me arrancas...</i>	170
<i>¿Sabías...</i>	171
<i>Nos persuades...</i>	172

MORADAS

<i>En medio de la incertidumbre, ...</i>	173
--	-----

Sobre abierto (2012)

De camino	177
<i>No desdeñes nada...</i>	178
<i>Flor, ...</i>	179
<i>El siempre errabundo...</i>	180
De todas maneras	181
Las paces	182

En torno a Basho y otros asuntos (2016)

<i>Lo que salvas de los escombros...</i>	191
Chandos	192
<i>El lenguaje del poder...</i>	193
A Ajmátova	194
La deuda de las palabras	195
Zimmer	196
De un joven poeta	197